

el consejo de los tres Reyes Magos

VIERA
PARZA



La enferma trató de sonreír, pero había algo tan triste, tan definitivamente desesperanzado en la faz lívida, que el chico sintió una punzada en su pobre corazón de doce años

por Matilde Ras.

LOS Reyes Magos leían con una paciencia divina la inmensidad de cartas dirigidas a ellos desde los más lejanos países.

Debían enterarse de las infinitas peticiones, cumplir los deseos, hacer tangibles los sueños y cristalizar en realidades las más fantásticas quimeras.

¡Y decir —exclamó Melchor— que con ser tantos los millones de pediguños, todavía quedan quienes tienen impacientes anhelos, pero porque no piden nada, nada les será concedido!

Gaspar y Baltasar se quedaron pensativos. —Pues bien— argumentó el último con voz grave. ¿Qué importa que nos escriban? ¿Queréis que hagamos felices a tres desgraciados, sean niños o no, sean o no candorosos?

—Sea —dijo Gaspar—; pero habrán de ser selectos, con deseos dignos de ser realizados.

Y los tres Reyes Magos, que todo lo sabían por la divina estrella, liberaron.

* * *

—Mamá, ¿estás mejor?— preguntó afanosamente Fernandito, entrando en el pobre cuarto de la enferma, después de trotar toda la santa tarde con mil fatigosas diligencias.

La enferma trató de sonreír, pero había algo tan triste, tan definitivamente desesperanzado en la faz lívida, que el chico sintió una punzada en su pobre corazón de doce años.

Tampoco él tenía nada bueno que anunciar: entregó en el taller el trabajo sin terminar, de su madre, solicitando un anticipo... y no se apiadaron; no se había atrevido a acudir a su eterno bienhechor Ricardo, porque decían que andaba apurado; ¡y habían recurrido tantas veces a su generosidad! Menos mal que el boticario le fió el medicamento, y en la lechería el medio litro de leche. Ahora encendería lumbre y vería la mamá qué

rica cenita iba a tener con un buen tazón de chocolate (aún quedaba del que les dió Ricardito) con leche, bien calentito...

Al hablar así, comprendía, con terror, que la mamá no quería cenar nada... ¡Si no fuese a ver ya el nuevo día!

No se acordaba de que era noche de Reyes. Sólo sabía de su gran espanto y que no tenía a quien pedir consuelo ni amparo en aquellas horas atribuladas.

Mas aún, el sueño de los pocos años pudo más que las penas; arrebujado en un mantón de su madre en una silla junto a su cabecera, se durmió, con la cabeza rozando aquella cabeza dorada.

Y tuvo un sueño extraño. Soñó que, asomándose a la ventana, veía en el azul sombrío del exterior, a tres extraños personajes, montados en altos camellos: uno de estos personajes era negro y sonreía mostrando el puro marfil de los dientes entre los oscuros labios. Y alzando el brazo le alargaba un frasco de cristal, precioso como una joya, con un elixir de encendido color.

—Es para la salud de tu madre; dáselo en seguida. Adiós. El Año Nuevo será dichoso para ti.

Cuando se despertó, aterido, dió un grito de angustia. Su madre, a la claridad lívida del amanecer, tenía toda la traza de la muerte. Pero al grito del niño, abrió aún sus tristes ojos, que después se posaron en un velador próximo.

—¿Qué es eso?— preguntó con un soplo de voz.

Fernandito miró también y se puso a temblar. ¿Frío o terror? Allí estaba, fulgurante y misterioso, el frasco de su sueño. Sin vacilar, impetuosamente, cogió el precioso objeto, lo destapó —el cuarto se inundó de un tónico de vino rico— e incorporando a su madre, la hizo beberse sin dejar gota.

El rosado color de la salud se esparció por el demacrado semblante, los ojos brillaron con vivo fulgor, y los brazos, momentos antes tan inertes, estrecharon al niño contra su pecho, agitado por cálidas oleadas de

* * *

—¿No ha venido Fernandito?— pregunta Ricardo. ¿Habrà muerto su madre?... ¡Cuánta miseria en el mundo! ¡Y no poder remediar a todos!

Ricardo se oprime la cansada frente entre las manos. Ha soñado con redimir de la miseria y de la abyección a los desvalidos. No le han faltado ni la fe ni la caridad, pero le falta ya el dinero y ve llegar el momento en que no podrá hacer más.

Así piensan todos los de la Junta. ¡No hay que soñar con ese refugio escuela donde reciba el niño pobre el pan del cuerpo y del alma!

¡Y es lo que Ricardo desea más ardientemente en el mundo!